

CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL
A LOS COHERMANOS DE LA SOCIEDAD DE SAN PABLO

EL ESTUDIO *para la misión*

Queridos hermanos:

Después de haber propuesto en la Carta anual del pasado año el tema de la santidad como estilo de vida,¹ os invito ahora a profundizar, en este año 2017, la dimensión del estudio, otro aspecto imprescindible de nuestra vida de apóstoles-comunicadores. Ambas “ruedas” del “carro paulino”, según la herencia carismática —que hemos recibido como don de nuestro Fundador, el beato Santiago Alberione—, constituyen, con el apostolado y la pobreza,² los fundamentos de nuestra vida y misión de anunciar el Evangelio en la cultura de la comunicación.

La presente Carta no pretende presentar novedades. Su objetivo, retomando el pensamiento de nuestro Fundador sobre el estudio, es tratar de ver cómo vivimos hoy esta específica dimensión, en un periodo histórico caracterizado por un “cambio epocal”, que involucra todos los sectores de la vida humana, particularmente el ámbito cultural.³ Y ello precisamente a partir de un contexto en el que los hombres y las mujeres son ellos mismos “creadores” y actores de una cultura marcada fuertemente por la comunicación global, causada de modo totalmente peculiar en las redes digitales, en las que «emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, modos de pensar, de sentir, de percibir y de establecer relaciones».⁴

¿Hasta qué punto nos damos cuenta de los cambios por los que está pasando la humanidad entera y las diversas instituciones? ¿Nos sentimos de veras preparados para vivir y anunciar el

¹ “Santidad” es el término que el P. Alberione emplea para designar la primera rueda del “carro paulino” en el libro *Abundantes divitiae gratiae suae*, obra considerada como su testamento. Pero sabemos que él, para designar esta rueda, usó también otros términos, como “piedad”, “espíritu”, etc. La denominación “santidad” “aunque pueda parecer exagerada, calza muy bien, porque la santidad de una persona es proporcional a su adhesión a Dios, y ésta tiene su medio principal en la vida interior” (Juan Manuel Galaviz Herrera, *Il “carro” Paolino*, Roma, Società San Paolo, 1993, p. 108). El elemento más importante que podemos entrever en esta realidad, dentro de la variedad y riqueza de sus significados, es que debe vivirse de manera integral, incluyendo las demás dimensiones de la vida paulina: el estudio, el apostolado, la pobreza.

² «Todo el hombre en Cristo Jesús, para un total amor a Dios: inteligencia, voluntad, corazón y fuerzas físicas. Todo, naturaleza y gracia y vocación, para el apostolado. Carro que camina apoyado en las cuatro ruedas: santidad, estudio, apostolado, pobreza». (Cfr. Santiago Alberione, *Abundantes divitiae gratiae suae*, n. 100).

³ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 52.

⁴ Conferencia general del Episcopado latinoamericano, *Documento de Aparecida*, n. 51.

Evangelio y los valores cristianos en el ambiente cultural de hoy? ¿Conocemos la realidad actual de la comunicación? ¿Qué debemos hacer como apóstoles-comunicadores en el ámbito del estudio para responder a los desafíos de nuestra misión? Son éstas algunas de las preguntas que comparto con vosotros, intentando con esta reflexión alguna respuesta concreta.

Ante este tema complejo procuraremos presentar algunas pistas que, entre otras muchas, puedan ayudar a percibir esta importante realidad de nuestra vida, concerniente directamente a nuestro “ser” y a nuestro “obrar” como paulinos. Así pues, empezaremos presentando la finalidad del estudio en la tradición paulina, para intentar después profundizar en el rol que la mente desempeña en esta actividad, vista especialmente en la cultura actual y sometida a tantísimos estímulos. Trataremos luego de ahondar en el estudio entendido como “estudiosidad”, con una breve referencia a la experiencia de nuestro Fundador. Resaltaremos a continuación los temas del “empeño” y de la “actualización” (*aggiornamento*), aspectos derivados del estudio e imprescindibles para el desarrollo de nuestro apostolado. Al final nos referiremos a la importancia de vivir en la escuela de Jesús Maestro, que es, en verdad, la primera escuela a la que estamos llamados a participar, pues sin ella perderíamos el sentido de nuestro “estudio para la misión”.

I. La finalidad del estudio

Sabemos que el P. Alberione no escribió un tratado orgánico sobre el estudio. Lo que nos dejó son algunos pensamientos expresados en ocasiones diversas a las varias instituciones de la Familia Paulina, en los que atribuye importancia al estudio sea de modo general sea refiriéndose a determinadas ciencias en particular, aludiendo expresamente por ejemplo a la teología, la Biblia, la liturgia, la filosofía, la historia, la sociología y otras áreas del conocimiento humano.

De entrada, podemos afirmar que el estudio, en la visual de nuestro Fundador, no se limita a un mero conocimiento intelectual cerrado en sí mismo, sino que tiene siempre una finalidad práctica. Según él, «el estudio es para la vida; la vida es para la eternidad; todo es para Dios»;⁵ «lo que no sirve para la vida es un equipaje inútil, pero lo que sí sirve debe ser abundante [...] y que se “viva” cuanto se aprende en la escuela».⁶

Escuela y vida, pues, deben caminar juntas porque todo ha de ordenarse siempre a lo que debe hacerse en la vida. ¿Y qué hay que hacer? Obviamente, cuando el P. Alberione habla de “hacer” se refiere particularmente al apostolado. En efecto, «toda la formación debe programarse y ordenarse, de manera especial los estudios, teniendo en cuenta el apostolado propio de la Familia Paulina»;⁷ « para el paulino, el estudio tiene como fin inmediato el apostolado»;⁸ «el saber se sustancia sólo cuando al estudio se une la experiencia: libro y praxis bien fundidos forman al paulino humilde y eficaz en su apostolado».⁹

Así pues, es necesario el estudio para prepararse, para llevar a cabo el apostolado en el contexto cultural del tiempo en que se vive. Considerando que «todo apostolado es una irradiación de Jesucristo»,¹⁰ cabe afirmar que el fin del estudio es justamente «la glorificación de

⁵ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo* (preparado por Rosario Espósito), Roma, EP, 1971, p. 28.

⁶ Santiago Alberione, *I nostri studi*, p. 43.

⁷ Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei*, II, n° 193, Cinisello Balsamo, ESP, 1998.

⁸ Santiago Alberione, *Ib.*, n° 172.

⁹ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, o. c., p. 168.

¹⁰ Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei*, IV, n° 270.

Jesucristo Maestro; Maestro en cuanto es a la vez Camino, Verdad y Vida; en quien cada hombre alcanza su más alta personalidad y la humanidad encuentra verdad, justicia y paz».¹¹

Estos pensamientos aclaran bastante la idea para recordar que según el P. Alberione, en nuestra Congregación y en la entera Familia Paulina, no se estudia para la propia ventaja personal, sino para afrontar de modo siempre mejor los retos del apostolado; éste, en definitiva, es el “fruto” del estudio.¹² A la luz de estas afirmaciones podemos preguntarnos, pues, hasta qué punto damos una adecuada importancia al estudio y si lo orientamos de veras a nuestra misión específica.

2. Comenzar por uno mismo: la mente

El estudio es una actividad que pertenece al ámbito de la mente, dimensión humana responsable de la creación de pensamientos, que incluye el raciocinio, la comprensión, la memoria, la imaginación, las emociones... Con todo, desempeñar bien su misión implica, para el paulino, la necesidad de desarrollar la facultad de la mente cada vez mejor integrada con las demás capacidades. «En otras palabras: nuestra identidad de paulinos conlleva de suyo el armónico desarrollo de la mente, de la voluntad y del corazón: diversamente, nuestra conformación al Cristo integral es inadecuada e inoperante».¹³

Retomando el pensamiento de nuestro Fundador, vemos que el estudio depende del esfuerzo en involucrar también la voluntad y el corazón en el desarrollo de la mente, con el objetivo de entender e interpretar la realidad y adquirir progresivamente nuevos conocimientos. Ello significa que es necesario el equilibrio, o sea «se necesita que mente y corazón se desarrollen en armonía para sostener la voluntad, como las dos piernas que deben llevar adelante el cuerpo. El corazón dará así un buen aporte a la mente, ya que muchas cosas se revelan y descubren por el amor [...]. Almas que han amado santamente, ¡cuánto han aprendido».¹⁴

El P. Alberione era consciente de que la mente, en particular, interfiere fuertemente en la vida de la persona, gracias a su capacidad –son palabras suyas– “absorbente”, “dirigente” y “emistente”,¹⁵ hasta poder afirmar que «el hombre es lo que piensa».¹⁶ Los pensamientos son los amigos más íntimos del hombre y determinan sus acciones:¹⁷ «De la mente viene todo. Si uno hace una obra buena es porque antes la pensó y luego la quiso y después la hizo. Por tanto, siempre, el primer punto a considerar, es la mente».¹⁸

Estas consideraciones, hechas hace algunos decenios, evidentemente no tenían presente las ciencias que hoy comprueban cómo la mente interviene en la realidad neurológica humana más profunda y llega a producir incluso efectos fisiológicos.¹⁹ Las ideas que tenemos acerca de

¹¹ *San Paolo*, agosto-septiembre de 1959.

¹² Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum* (preparado por Angelo Colacrai), Cinisello Balsamo, EP, 1992, n. 286.

¹³ Silvio Pignotti, “Integralidad”. *La pasión del paulino*. Carta para el año 1993-1994, Roma, Casa General SSP, 20 agosto 1993, p. 18.

¹⁴ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, o. c., p. 1192.

¹⁵ Cfr. Santiago Alberione, *Santificación de la mente* (uso manuscrito), 1956, p. 34.

¹⁶ Santiago Alberione, *ib.*, p. 84.

¹⁷ Cfr. Santiago Alberione, *ib.*, p. 36.

¹⁸ Santiago Alberione, *A las Pías Discípulas del DM*, VIII, Roma, EP, Casa General PDDM, 1986, p. 365.

¹⁹ Me refiero, en particular, a la “programación neurolingüística”, la ciencia sobre el influjo que el lenguaje ejerce en nuestra programación mental y en las varias funciones de nuestro sistema nervioso.

nosotros mismos, del mundo y de todo cuanto nos rodea, influyen con fuerza en la eficacia de nuestra acción diaria. En tal perspectiva, se afirma incluso que nuestras creencias pueden modelar, influir y hasta determinar el grado de nuestra inteligencia, de nuestra salud, de nuestras relaciones y de nuestra creatividad, llegando a incidir en el nivel de felicidad y de realización personal.

Esto nos lleva a mirar con atención al mundo en que vivimos, y más precisamente a la cultura dominada por la comunicación, que es el este ambiente en que estamos constantemente expuestos a una excesiva cantidad de informaciones y de contenidos, que nos llegan en papel impreso o en el lenguaje digital, provocando diversos estímulos sensitivos e interfiriendo de algún modo en nuestro pensamiento.

En semejante universo tan complejo se requiere “disciplinar la inteligencia”. ¿Qué significa esto? El P. Alberione diría que significa usar la mente para buscar la verdad, para el logro de las virtudes, para la santificación. Lo cual nos hace pensar que para él se da un estrecho vínculo entre el espíritu, el apostolado, el estudio y la formación humana, pues todos estos elementos, operando en la misma persona, adquieren siempre una mayor eficacia y se completan recíprocamente.²⁰ En efecto, «se requiere meditación profunda, honda piedad, estudios intensos para una buena preparación al apostolado: si no, quien está vacío, ¿qué dirá?».²¹

Así pues, considerando que tanto el bien como el mal tienen su primera raíz y expresión en la mente,²² el primer e insustituible nutrimento de la mente en el apóstol-comunicador sólo puede ser el Evangelio: «Evangelio que leer, meditar, rezar y traducir en la vida diaria: “El Evangelio debe ser la primera lectura, la primera noción para todos; por ello ninguna lectura espiritual tiene más importancia (DF 49)”».²³

El papa Francisco desde el comienzo de su Pontificado no se cansa de exhortar a la Iglesia a volver al Evangelio, recordándonos que «cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual».²⁴ En la perspectiva de nuestra reflexión, no podemos olvidar que volver al Evangelio y transformarlo en práctica de vida depende, ante todo, de cada persona, de su apertura a acogerlo con la mente, con el corazón y con la voluntad.

3. La “estudiosidad”: un camino a recorrer

Para el P. Alberione el estudio no se limita a la formación académica, aunque ésta es de alabar, sino que debe entenderse como “estudiosidad”, una expresión presente en la tradición de la Iglesia. En efecto, *studiósitas*, término tan apreciado para nuestro Fundador, es una palabra latina que san Agustín opone a la *curiósitas*, «una especie de enciclopedismo trivial, un deseo incontrolado de saber cosas que estalla en todas las direcciones, y a veces no capta las

²⁰ Cfr. Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei*, II, o. c., p. 193.

²¹ Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 967.

²² Cfr. Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei*, II, o. c., p. 171.

²³ Guido Gandolfo, “Jesús, el Maestro” en la espiritualidad según el P. Alberione, en *Jesús, el Maestro. Ayer, hoy y siempre. Actas del Seminario internacional*, Ariccia 14-24 octubre 1996, Casa General SSP, p. 391.

²⁴ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 11.

cuestiones fundamentales. La *studiósitas* en el sentido agustiniano abraza, en cambio método y pasión por lo verdadero».²⁵

La pasión por lo verdadero supone la profundización, es el sentido de estudio que hemos heredado también de la tradición paulina. Ello significa que la “estudiosidad” no se reduce a una lectura puramente informativa. «Precisamente el estudio, la “estudiosidad” en general, debe distinguir al paulino. El cual, en la idea del Fundador, debe sentir la necesidad de reservar todos los días un espacio al efecto: para lecturas escogidas, actualización, profundización de un tema, especialización en un sector de nuestro horizonte apostólico...».²⁶

El tema de la “estudiosidad” nos invita a referirnos de algún modo a la cultura en la que vivimos, o sea propiamente al ambiente donde estamos llamados a cultivarla. En este sentido, es importante considerar que, además de ser evangelizadores “con” y “en” la comunicación, somos ciudadanos del mundo y, por tanto, estamos inmersos en un ambiente caracterizado por informaciones y contenidos que nos llegan especialmente trámite los medios técnicos tradicionales (prensa, revistas, radio, tv...) y las redes digitales. Conviene, pues, preguntarse: respecto al tema del estudio, ¿cómo cultivamos la “estudiosidad” en un ambiente comunicacional tan hermoso y con muchas posibilidad de contacto, pero también a veces tan rumoroso? ¿Cómo nos comportamos y hasta qué punto ponemos los recursos de la comunicación moderna al servicio de nuestra formación integral?

La abundancia de datos y de informaciones a la que estamos expuestos cotidianamente, a un ritmo veloz y a menudo impresionante, muchas veces puede ser un obstáculo para la profundidad del pensamiento. Son tantos los contenidos recibidos que, si no seleccionamos lo conveniente a nuestras reales necesidades, corremos el riesgo de trabajar en vano. Dicho de otro modo, podemos entrar en contacto con tantísimos “contenidos” y no retener casi nada en la memoria. Esta es una advertencia dirigida especialmente a quienes están presentes en las redes digitales. Vale la pena, pues, preguntarnos si en este fascinante universo de la comunicación nos comportamos como “estudiosos” o como meros “curiosos”, en el sentido expuesto poco antes.

La *studiósitas* exige, para su eficacia, que se recupere cierto sentido de remanso y de calma, ingredientes indispensables de la mente, necesarios para la profundización. «Aprender, conocerse, leer, proceden paso a paso, con andadura lenta y cadenciosa: requieren tiempo, gradualidad y pasión».²⁷ Y es preciso valorar también el silencio: «En el silencio escuchamos y nos conocemos mejor a nosotros mismos; nace y se profundiza el pensamiento, comprendemos con mayor claridad lo que queremos decir o lo que esperamos del otro; elegimos cómo expresarnos».²⁸

En la cultura en que vivimos, repleta de numerosísimas ocasiones de distracción, vivir el estudio en el significado profundo de la *studiósitas* es un auténtico reto. No obstante, si lo logramos, serán muchísimas las ventajas obtenidas. Al respecto, resulta muy actual cuanto dice nuestro Fundador refiriéndose a los beneficios de este camino: «Si os aclaráis bien, si comprendéis bien las cosas, si ahondáis, si tratáis de recordar, en fin, si estáis persuadidos del estudio, haréis mucho más el bien. Se hace, en efecto, cuando se sabe. Una lámpara de cien luces

²⁵ Giovanni Tridente y Bruno Mastroianni, *La missione digitale. Comunicazione della Chiesa e social media*, Roma, Edizioni Santa Croce, 2016, p. 37.

²⁶ Guido Gandolfo, “Jesús, el Maestro” en *la espiritualidad según el P. Alberione*, o.c., p. 390.

²⁷ Giovanni Cucci, *Internet e cultura. Nuove opportunità e nuove insidie*, Milano, Ancora-La Civiltà Cattolica, 2016, p. 43.

²⁸ Papa Benedicto XVI, *Silencio y Palabra: camino de evangelización. Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 20 mayo 2012.

encendida ilumina un largo trecho; una lámpara de cincuenta ilumina la mitad; y una con cinco luces basta apenas para uno mismo. Quienes tienen poca ciencia iluminarán solo a uno».²⁹ ¡Ojalá que todos nosotros podamos incorporar la *studiósitas* como parte integrante de nuestro estilo de vida paulino!

4. La experiencia del P. Alberione

Una de las primeras constataciones encontradas en el P. Alberione respecto a su experiencia del estudio, es que éste está referido a una actividad ligada a la vida concreta, tanto en cuanto a sus proyectos personales como a los proyectos de las varias instituciones por él fundadas. Con el estudio el Fundador trataba de entender el tiempo en el que vivía y de abrir caminos nuevos hacia el futuro.

Reconsideremos dos momentos de su vida, cuando cuenta en primera persona la importancia que él atribuía a este aspecto. El primero nos hace volver a cuando frecuentaba la escuela elemental y acababa de manifestar el deseo de ser sacerdote. Dice él mismo: «El estudio, la oración, los pensamientos, el comportamiento y hasta los recreos se orientaron en aquella dirección».³⁰ Como se nota, la opción por el sacerdocio pasó a ser una meta que incluía también el estudio para alcanzarla.

Hay otra ocasión de su vida en la que el estudio se presenta como fundamental. Lo constatamos cuando él recuerda la famosa noche a caballo entre los siglos XIX y XX: «La Eucaristía, el Evangelio, el papa, el nuevo siglo, los nuevos medios, la doctrina del conde Paganuzzi sobre la Iglesia, la necesidad de un nuevo escuadrón de apóstoles se le clavaron de tal modo en la mente y en el corazón, que luego dominaron siempre sus pensamientos, oración, trabajo interior y aspiraciones. Se sintió obligado a servir a la Iglesia, a los hombres del nuevo siglo y a trabajar con otros en organización. [...] Desde entonces estos pensamientos dominaron el estudio, la oración, toda la formación. La idea, primero muy confusa, se iba aclarando, y con el pasar de los años llegó a concretarse».³¹ De estas breves citas se desprende bien que para nuestro Fundador el estudio no se reduce a la mera curiosidad. Era para él una realidad necesaria para responder a la llamada de Dios y a las necesidades de la Iglesia y de la humanidad del tiempo en que vivía.

Es interesante observar cómo el P. Alberione sentía la necesidad de ir más allá de los estudios previstos (filosofía y teología) en su formación sacerdotal. Él mismo relata su deseo de profundizar por su cuenta en las varias ciencias, por ejemplo en la historia, y de cultivar lecturas sobre las diversas cuestiones relativas a la Iglesia: «Durante cinco años leyó, dos veces al día, páginas de la Historia universal de la Iglesia de Rohrbacher; otros cinco años la de Hergenröther; durante otros ocho, en los tiempos libres, la Historia Universal de Cantù, extendiéndose a la historia de la literatura universal, el arte, la guerra, la navegación, la música en particular, el derecho, las religiones y la filosofía. [...] La lectura continuada de *La Civiltà Cattolica* desde 1906, hasta hoy, después *L'Osservatore Romano*, *Actas de la Santa Sede* y las encíclicas (desde León XIII) fueron un continuo alimento».³²

Ya en la etapa institucional, la importancia del estudio la inculcó a los miembros de la Congregación desde el comienzo, aun cuando los jóvenes formandos, debido a las exigencias

²⁹ Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 230.

³⁰ Santiago Alberione, *Abundantes divitiae*, o. c., n. 9.

³¹ *Ib.*, nn. 20-21.

³² *Ib.*, nn. 66-67.

apostólicas, no disponían del tiempo suficiente para estudiar. Era una fase de la historia congregacional en la que «los muchachos se empeñaban todo lo posible en el estudio, en el trabajo, en la oración y en practicar la pobreza».³³ Recordemos que en este contexto, remontado al año 1919,³⁴ nació el “Pacto” o “Secreto del éxito”.

Precisamente el 5 de enero de aquel año, el P. Timoteo Giaccardo nos deja un apunte sobre las orientaciones del Fundador acerca del estudio, o sea respecto a la formación en el apostolado de la prensa: «Estudiar medio tiempo y aprender el doble; es decir, estudiar una hora y aprender por cuatro. Él ha hecho ese pacto con el Señor. Los jóvenes de la Buena Prensa no recibirían una educación completa sólo en el estudio: debían también trabajar; pero para ser apóstoles de la Buena Prensa es necesario saber mucho más que los sacerdotes y abogados ordinarios».³⁵ En síntesis: aun en medio a las dificultades, ¡nunca se debía abandonar el estudio!

En esta exhortación se percibe qué precioso era para el P. Alberione el tiempo, visto como don de Dios y que no se podía perder en cosas superfluas, como recalca él mismo en 1954: «Mirad al clérigo que leyendo diez minutos, cada día, un libro de ascética, o de sociología, historia, literatura, etc., robando el tiempo a conversaciones inútiles y a fáciles disipaciones y lecturas indiferentes, ha adquirido un bagaje preciosísimo superior al de los compañeros. Lo mismo se diga del Discípulo que ha llegado a una auténtica competencia en cualquier aspecto».³⁶

Nuestro Fundador estaba concienciado de que el estudio, cuando se vive en el sentido de *studiósitas*, ayuda a despejar la mente para responder a los retos de la misión. La insistencia de tener una mente abierta y un corazón grande está presente en sus exhortaciones, como se deduce de este párrafo: «¡Universalidad! No tener una cabeza mezquina, pequeña, y ver sólo por el ojo de la cerradura. Hay que sentir y tratar de ayudarse también entre casa y casa. Cuando la cabeza es pequeña y mezquina cabe dudar de si hay vocación, pues se vive de egoísmo, no se ve sino a sí mismos y a un diminuto círculo de personas. [...] ¡Gran corazón, como el corazón del Apóstol, el corazón de Jesús! ¡Dilatar el corazón!».³⁷

5. Compromiso y actualización

El estudio es la actividad intelectual que permite la apertura de la mente a las diversas realidades en que estamos inmersos: la realidad de Dios, del hombre, de la Iglesia, de la sociedad, de la cultura, de la comunicación, de las varias ciencias, etc. En particular, respecto a la realidad religiosa, el P. Alberione considera que «cada cual debe empeñarse siempre en la instrucción religiosa, para mejor conocer a Dios y mejorar el servirle. Cada uno debe promocionarse instruyéndose en su tarea, en las relaciones sociales, en el ministerio y en el apostolado».³⁸

El término “empeño”, presente en esta exhortación, hay que ponerlo de relieve. Efectivamente, ante la pregunta «¿qué significa “estudio”?», el Fundador responde: «Significa empeño; ha de acompañarnos hasta la muerte; debe comprometernos a desear aprender cosas nuevas. En la vida no podemos hacer siempre las cosas del mismo modo. Hay que progresar

³³ Giuseppe Barbero, *Il Sacerdote Giacomo Alberione. Un uomo - un'idea*, 2ª Ed., Roma, SSP, 1991, p. 296.

³⁴ El P. Alberione empezó a explicar esta oración, por secciones, inculcando su recitación desde el 6 de enero de 1919. La fórmula, en su primera y completa redacción, entró a formar parte del *Libro de oraciones* en 1922. Cfr. Giuseppe Barbero, *o. c.*, pp. 296ss.

³⁵ José Timoteo Giaccardo, *Diario*, Cinisello Balsamo, ESP, 2004, p. 201.

³⁶ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, o. c., p. 1089.

³⁷ Santiago, *Explicación de las Constituciones* (uso manuscrito), Ariccia, 1961, p. 83.

³⁸ Santiago, *Ut perfectus sit homo Dei*, II, o. c., pp. 168-169.

cada día; cada día perfeccionarlas. Después de veinte o más años no se puede estar en el punto de partida. Ni cabe decir: “ya no soy estudiante”. Todos estamos comprometidos en aprender».³⁹

El empeño tiene por finalidad conocer la realidad en todas sus dimensiones y, cuando sea necesario, la renovación persigue el objetivo de buscar nuevos caminos. En tal perspectiva cabe decir que uno de los fines del estudio es la actualización, una actitud vital para vencer la inmovilidad. Recordemos que la palabra “puesta al día” (“*aggiornamento*”) se hizo famosa con san Juan XXIII y fue asumida por su sucesor, el beato Pablo VI: «La palabra “aggiornamento” (= actualización) la tendremos siempre presente como norma y programa; lo hemos confirmado como criterio directivo del Concilio Ecuménico, y lo recordaremos como un estímulo a la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia, a su siempre vigilante capacidad de estudiar las señales de los tiempos y a su siempre joven agilidad de *probar... todo y de apropiarse lo que es bueno*; y ello, siempre y en todas partes».⁴⁰

La “puesta al día”, considerando la naturaleza de nuestro apostolado, nos indica que «debemos hacer el bien a quien vive hoy, y hemos de formar el personal paulino que tenemos hoy».⁴¹ A estas alturas, «es necesario prepararse bien al apostolado, porque debemos trabajar en la sociedad moderna, tomándola como es, considerándola en su situación actual. Es necesario adaptarnos a las varias disposiciones tanto en la redacción como en la difusión: el mundo nos comprenderá si usamos, para comunicar con él, los medios actuales. No cabe pensar: “siempre hemos hecho así”. Con el pasar de los años es preciso que nos adaptemos a las condiciones del tiempo en que vivimos».⁴²

La palabra “puesta al día” (“*aggiornamento*”) puede entenderse también en el sentido de “progreso”,⁴³ considerando que «nuestra vida no puede ser siempre plana, horizontal. Nuestra vida ha de ir creciendo».⁴⁴ Debemos, por tanto, progresar, mediante una continua actualización, en todos los aspectos: en la vida espiritual, en el estudio, en el apostolado, en la parte económica.⁴⁵ Nuestro Fundador considera que para actualizarse es necesario hacer “reformas”; pero advierte: «Hablar de actualización (“*aggiornamento*”) puede entrañar también peligros, o sea entender mal lo que de veras significa actualización. Los peligros son tres: 1) querer reformar ante todo a los demás y no a nosotros mismos; 2) querer reformar lo irreformable; 3) al contrario, no querer reformar lo que debe ser reformado».⁴⁶ Después de haber logrado “convertirnos” a la actualización, se abren ya las puertas al rejuvenecimiento, tan necesario para afrontar los desafíos de nuestra misión.

La actualización es fundamental, especialmente donde percibimos inercia en el apostolado, donde desde antaño se hacen las mismas cosas, llegando siempre a la misma gente, tal vez convencidos de no poder ir muy allá. En efecto, «o miramos valientemente la realidad, más allá del pequeño mundo que nos rodea, y entonces vemos la urgente necesidad de un cambio radical de mentalidad y de método; o bien en cuestión de pocos años habremos hecho el desierto alrededor del Maestro de la vida; y la vida nos eliminará, justamente, como a ramas muertas,

³⁹ Santiago, *Explicación de las Constituciones*, o. c., p. 211.

⁴⁰ Papa Pablo VI, *Ecclesiam suam*, n. 52.

⁴¹ Santiago Alberione, *Explicación de las Constituciones*, o. c., p. 244.

⁴² Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 347.

⁴³ Cfr. Santiago Alberione, *Ib.*, n. 352.

⁴⁴ Santiago Alberione, *A las Pías Discípulas del Divino Maestro*, VIII, o. c., p. 308.

⁴⁵ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 389.

⁴⁶ Santiago Alberione, *Ib.*, n. 352.

inútiles, engorrosas».⁴⁷ Urge despertarnos y darnos cuenta de que el mundo, siempre más complejo, hace su camino y no nos espera. Hemos de concienciarnos de los cambios y procurar, ayudados por el estudio, ver el mundo tal como es y no como nos lo imaginamos ser.

6. A la escuela de Jesús Maestro

Ciertamente la formación intelectual y todas las iniciativas de actualización son necesarias para la misión. Sin embargo, la profundización del estudio, en el ámbito de la tradición de la Familia Paulina, supone tener presente una importante “escuela”, sin la cual perdemos el significado de la dimensión de “estudiosidad”. Es la escuela de Jesús Maestro: «Aun cuando pasen los tiempos y se progrese mucho en los estudios, Jesús sigue siendo siempre el Maestro único, infalible, cuya doctrina es eminente, cierta, indestructible».⁴⁸ Esta escuela es fundamental y comienza por el encuentro con Él.⁴⁹

Tal aspecto nos lleva a retomar la idea-base de toda la formación del paulino: «“Uno solo es vuestro Maestro, Cristo” (Mt 23,10). Es único en cuanto afirma: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Todo el *studium* (= esfuerzo) estará pues orientado a Cristo Maestro, de El adquiere energía y a El tiende, hasta hacer del paulino otro maestro, tanto como individuo cuanto como “cuerpo moral”, Familia Paulina».⁵⁰ ¿Pero cuál es el significado de “Maestro” para nosotros? ¿Qué repercusiones tiene en nuestra vida este término dirigido a Jesús?

Como nos da a entender el evangelio de Mateo (23,2), Jesús no es maestro al modo de quienes «se sientan en la cátedra de Moisés», o sea, los escribas y los fariseos, que se presentan como “maestros,” pero dicen y no hacen, viven la religión de la “apariciencia” y al servicio de sí mismos. Hasta Jesús advierte acerca sobre el mal uso del término “rabbi” por parte de quien en verdad quiere explotar a las personas, especialmente a las más pobres.

Jesús es el Maestro en cuanto Él es el guía:⁵¹ «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Jesús es la “verdad” (fidelidad al Padre), que se hace el “camino” (guía!), que nos lleva a la “vida”. Jesús es el guía no sólo con sus palabras, sino principalmente con su testimonio, con las acciones concretas: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Si no, creed a las obras» (Jn 14,11). El discípulo está llamado a permanecer en Jesús y a aprender en su “escuela de vida” a caminar de modo integrado.

En esta perspectiva se espera, por parte del discípulo que éste le escuche. Recordemos que «en la Biblia el mismo verbo *shama'* indica tanto “escuchar” cuanto “obedecer”. Por ende *shema'*

⁴⁷ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, o. c., p. 807.

⁴⁸ Santiago Alberione, *Espiritualidad paulina*, Roma, EP, HSP, 1961, p. 267.

⁴⁹ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 7.

⁵⁰ Centro de Promoción y Formación, *Catequesis paulina* (uso manuscrito), SSP, Roma, p. 279.

⁵¹ Es importante profundizar en el significado de la palabra “rabbi”. Al respecto, conviene retomar la explicación dada por mons. Gianfranco Ravasi en el Seminario Internacional sobre Jesús, el Maestro: «*Rabbi* es un término ambiguo en algunos aspectos. De hecho, literalmente significa “mi grande” (de *rav*, grande, potente). Es, por tanto, un título de prestigio. Y este elemento aparece también en otras lenguas: el latín *magister* significa uno que es “*magis*”, o sea “más”, superior al otro; y el francés *maître* significa “amo”, y como tal señor del otro. Se entiende así una frase de Mateo (23,8-10): «Vosotros no os dejéis llamar *rabbi*, pues vuestro *didaskalos* (“maestro”) es uno solo y vosotros todos sois hermanos. Y no os llamaréis *kazeguetai* unos a otros». La palabra “*kazeguetai*” la Vulgata la traduce con *magistri*; en realidad el término en griego significa “quien guía”, quien indica el camino o recorrido. ¿Por qué no debéis dejaros llamar *kazeguetai*? Porque «uno solo es vuestro *kazeguetés*», vuestro guía», (cfr. Gianfranco Ravasi, *El Maestro en la Biblia*, en *Jesús, el Maestro*, o. c., pp. 227-228).

Israel no es solo “¡escucha, Israel!”, sino también “¡adhiera!”». ⁵² Es necesario, pues, “escuchar” para “adherir” al proyecto de vida que Jesús nos propone. Así hicieron los primeros discípulos, así hizo el apóstol Pablo, que de perseguidor pasó a ser seguidor del “Camino” (cfr. He 22,4), hasta poder decir: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

Adherir al proyecto de Jesús Maestro exige, ante todo, entrar en la lógica del amor que le ha movido. Sobre este punto esencial, es interesante observar en el texto de Mateo citado antes la afirmación de Jesús, dirigiéndose a sus discípulos: «uno solo es vuestro maestro y vosotros sois todos hermanos». Jesús no les dice «sois alumnos» (como quienes aprenden teóricamente una lección), sino «sois hermanos». Esto significa que la primera lección que debemos aprender del Maestro es la de “ser hermanos”. Él mismo nos da el ejemplo: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34).

La escuela de Jesús Maestro es escuela de vida que “engendra fraternidad”, y la fraternidad nace del amor. El amor es la primera identidad de los discípulos de Jesús. Únicamente entrando en la lógica de este amor podremos ejercer nuestra vocación paulina “docente”, ⁵³ o de “guías”. No tiene sentido querer enseñar a los otros a vivir el Evangelio, mediante bonitos mensajes transmitidos con nuestro apostolado técnico, si antes no nos esforzamos por vivirlos dentro de nuestra casa, con el testimonio del amor y del servicio, por encima de las dificultades.

7. Conclusión

Queridos hermanos, ¡ojalá vivamos el estudio en la perspectiva de la *studiósitas* y orientarlo así al bien de nuestra misión! ⁵⁴ Hoy, «en las actuales condiciones de la cultura y de la comunicación, la formación intelectual del Paulino es relevante más que nunca para introducir la propuesta cristiana en un contexto donde predominan fragmentariedad, provisionalidad y discontinuidad». ⁵⁵ En esta cultura estamos llamados a prepararnos para hacerlo todo por el Evangelio.

En el camino de evangelización tenemos como referencia al apóstol Pablo, que supo abrirse a la cultura de su tiempo para anunciar a Cristo, tras la experiencia del encuentro con Él a las puertas de Damasco. Además de las respuestas que él dio a las concretas situaciones pastorales, Pablo fue un intelectual en el sentido más hondo del término, como podía serlo un fariseo celante. ⁵⁶ No se contentaba con recibir y transmitir mecánicamente cuanto la Iglesia le había comunicado antes a él. Trató de interpretar, reelaborar, refundar. Quizás más que cualquier otro, supo usar la “creatividad” del cristiano conjugando el fundamental dato evangélico con las concretas situaciones culturales y vitales de los varios ambientes humanos y eclesiales. ⁵⁷

Ahora es nuestro tiempo. La sociedad en la que estamos llamados a testimoniar el Evangelio, “con” y “en” la comunicación, no es “otro mundo”, sino el ambiente donde vivimos. Tengamos la convicción de que «en cuanto seres sociales, la sociedad está en nosotros con su cultura, sus leyes, su lenguaje, sus costumbres. El individuo y la sociedad son inseparables y esta relación es

⁵² Gianfranco Ravasi, *Ib.*, p. 237.

⁵³ Cfr. Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei*, II, o. c., p. 172.

⁵⁴ Para profundizar la relación entre estudio y apostolado puede leerse *Actas del Seminario Internacional sobre la Formación paulina. Formación paulina para la misión*. Ariccia, 12-23 octubre 1994.

⁵⁵ Silvio Sassi, *Abundantes divitiae gratiae suae. “Reaviva el don que has recibido”*. *La fidelidad creativa a cien años del carisma paulino. Carta del Superior general*, en *San Paolo* - Boletín oficial de la SSP, Año 86, n. 437, agosto 2011, p. 23.

⁵⁶ Cfr. Romano Penna, *Paolo di Tarso. Un cristianesimo possibile*, Cinisello Balsamo, EP, 1992, p. 12.

⁵⁷ *Ib.*, p. 11.

compleja».⁵⁸ Sin duda alguna, en algunos aspectos, estamos determinados socialmente, pero nosotros mismos, como individuos y comunidad, podemos transformar la sociedad con “invenciones” específicamente inspiradas en valores humanos y cristianos.

La *studiósitas* es el camino que nos consiente “crear pensamiento” y contribuir a la formación de una mentalidad nueva en la sociedad, dándole una impronta y una dirección nueva a la humanidad, como pensaba (y trató de hacer) audazmente nuestro Fundador.⁵⁹ Para ello se necesita una formación intelectual que abarque los aspectos humanos, espirituales, apostólicos, carismáticos, profesionales, etc. para afrontar los retos de nuestro tiempo.

Así pues, concretamente, ¿qué importancia damos a nuestra formación? ¿La vivimos de modo integrado, es decir considerando todas las dimensiones de nuestra persona? ¿Dedicamos tiempo al estudio personal y/o comunitario? En algunas Circunscripciones viene organizándose la *Semana de formación permanente*, una iniciativa positiva en el área del estudio: donde todavía no se da tal propuesta, ¿qué es posible hacer? El *Íter formativo* de nuestras Circunscripciones ¿responde a las exigencias del *Proyecto apostólico*? La opción pedagógica (sobre el estudio de la Comunicación y de la Biblia), reafirmada con fuerza en los últimos dos Capítulos generales, nos da un toque de atención acerca de este importante ámbito de la actividad apostólica: ¿cómo afrontamos este desafío?

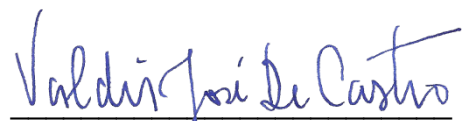
No olvidemos que la rueda del estudio es la que nos ayuda a “reinventarnos”. No se trata de cambiar el Evangelio o el Carisma, sino de vivir lo esencial de uno y otro, respondiendo a las necesidades de los hombres y mujeres de hoy, con “fidelidad creativa”. A esas personas concretas, con sus dificultades y esperanzas estamos llamados a dar nuestro testimonio de Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida con nuestro “estilo de vida paulino”.

En este camino encontraremos ciertamente dificultades, sobre todo haciendo cuentas con nuestros límites. Pero, como nos recuerda el papa Francisco, «nuestra imperfección no puede ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo».⁶⁰

El Espíritu del Señor Resucitado nos inspire e ilumine en el campo del estudio. Con fe y esperanza, tomando en serio la “estudiosidad”, podemos lanzarnos adelante cada día, sin detenernos, ni en el camino de santidad, ni en el trabajo de apostolado. ¡Adelante! ¡Lanzarse siempre adelante!⁶¹

Roma, 16 de abril de 2017

Domingo de Pascua – Resurrección del Señor



P. Valdir José De Castro, SSP
Superior general

⁵⁸ Edgar Morin, *Sette lezioni sul pensiero globale*, Milano, Raffaello Cortina Editore, 2016, p. 13.

⁵⁹ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 1337.

⁶⁰ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 121.

⁶¹ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, o. c., n. 354.